

GRANDES CORRESPONDENCIAS AMOROSAS DEL SIGLO XX

Henry Miller y Anaïs Nin (*)

Edison Otero

Quisiera manifestarles, ante todo, que acudo a esta cita con ustedes basándome en las herramientas de mi oficio, las de la filosofía. En consecuencia, no recurro aquí a conceptos o interpretaciones estructuralistas, post estructuralistas, posmodernistas, hermenéuticas, o de la teoría literaria en general. De lo que se trata es de contar lo que pasó entre estas personas, el contexto en el que ocurrieron los acontecimientos, entender sus motivaciones y, de alguna manera, rendirles un homenaje.

Partamos con los protagonistas, Henry Miller y Anaïs Nin. Se conocen en 1932 en un café de París, a raíz de una invitación del marido de Anaïs. Miller tiene 42 años y ella tiene 28. Los separan unos 12 años. Si se sigue la cronología de la correspondencia entre ambos, la relación empieza en febrero del 32 y termina —aunque ésta es una afirmación por ahora provisoria— en 1953 con la última carta que cruza entre ellos. De modo que cuando esto concluye Miller tiene 61 años y Anaïs —que está en esos momentos en New York— tiene 49. Verán que el desenlace, años más tarde en la vida de ambos, es hermosísimo.

(*) Quiero agradecer sinceramente a quienes me ayudaron con generosidad en la producción y redacción de este texto. El periodista Juan Otero diseñó las diapositivas que sirvieron de apoyo a la conferencia, transcribió la versión grabada y editó la primera versión de este texto. La licenciada en Letras Lisa Herrera revisó más de una vez la redacción de la versión escrita e hizo valiosos comentarios, lo que permitió sortear mejor la difícil tarea de mantener en el texto impreso la atmósfera de la presentación a viva voz.

Partamos por precisar cuáles son las fuentes. La primera es la correspondencia entre ambos que ha sido, como ustedes seguramente saben, editada años después (*). Lo cual se explica porque Anaïs siempre mantuvo reserva de su relación con Miller por respeto a su matrimonio, lo cual revela que tenía un sentido de la delicadeza no menor. El hecho es que ella estaba casada y Miller se convirtió en amante suyo. Esta mujer liberal, incluso más liberal para los cánones que uno pudiera plantearse hoy, tuvo, sin embargo, la prudencia, la deferencia de que la correspondencia no se publicara antes de la muerte de su esposo, o antes que se separara de él, porque él volvió a casarse después. Le pareció que no era necesario que las personas sufrieran o se vieran expuestas sin haberlo consentido.

La segunda fuente, *Primavera negra*, es un bellissimo texto de Henry Miller (**). Fue escrito precisamente en la época en que la correspondencia entre ambos es muy intensa. Se publica el año 1936 y es la segunda obra de Miller después del *Trópico de cáncer*. Resulta interesante indicar que *Primavera negra* está dedicado precisamente a Anaïs Nin. Algunos pasajes de ese libro son muy importantes para entender completamente el asunto.

El Diario de Anaïs Nin es también una fuente, a la que se tiene acceso en los años recientes. Siempre hubo publicaciones parciales, nuevas versiones, incluso el retitulado de algunas partes del diario. Pero en lo principal, ponemos la atención en los primeros tomos del diario, que algunas ediciones titulan *Henry y June*, o sea, la relación de Miller con su mujer y el triángulo que ellos conforman en esos años en París; triángulo que es real, no ficticio. No es que uno engañe a otros dos. No, los tres saben y están en el triángulo con pleno conocimiento y en términos voluntarios (***)).

(*) NIN, ANAÏS y HENRY MILLER *Una pasión literaria. Correspondencia 1932-1953*, Madrid, Ediciones Siruela, 2003.

(**) MILLER, HENRY *Primavera Negra*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1978.

(***)NIN, ANAÏS *Incesto. Diario Amoroso*, Madrid, Ediciones Siruela, 1992.

El primer volumen de este diario se publica en 1966, unos veinte años después de su redacción. En esta edición fueron eliminadas las referencias a su vida amorosa, que es casi como desmembrar a un organismo. ¡Qué importa el organismo después de que le han sacado sus partes esenciales! Recién en 1992 se produce la publicación de este volumen sin censura, lo que se explica porque todas las personas referidas ya no viven, incluyendo Anaïs Nin, quien murió en 1977, tres años antes que Miller.

Los escenarios principales merecen también algún espacio. Por una parte, está el departamento que Miller ocupa en Clichy, en el mismo París. Miller vive allí dos años, a partir de su llegada desde Estados Unidos. El nombre del lugar aparece en el título de otra de sus obras, *Días tranquilos en Clichy* (*).

Después tenemos Villa Seurat, donde Miller residió del año 1934 al año 1939, alrededor de cinco años. Ahí tuvieron lugar eventos importantes para nuestros protagonistas. Es allí donde Miller recibe la visita de Lawrence Durrell, que como se sabe saludó *Trópico de cáncer* como el acontecimiento heráldico más importante del siglo y se deshizo en loas, considerándolo a partir de entonces “su maestro”. Miller vive en Villa Seurat con un sujeto generoso y considerado que fue Alfred Perlés, con quien mantuvo una amistad importante y prolongada. Perlés redactó un prólogo muy hermoso y conmovedor para la edición de la correspondencia entre Miller y Lawrence Durrell, lectura que recomiendo con entusiasmo.

Por otra parte, tenemos la casa de Anaïs con su marido, en Louveciennes. Su marido era un banquero muy exitoso, que viajaba de un lado a otro, dentro y fuera del país. En tales ocasiones, pero no sólo en ellas, Nin aprovecha para visitar a Miller, o viceversa. En estos escenarios, Miller y Nin desarrollan una relación clandestina intensa.

Cuando se consideran estos lugares que son los escenarios centrales de la relación entre Miller y Nin, se advierte que se trata de distancias cortas. Si se acude a un mapa de la ciudad, se puede apreciar que se trata

(*) MILLER, HENRY *Días tranquilos en Clichy*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1981.

de distancias cortas, cinco o diez kilómetros, lugares bastante a la mano. Lo notable es que estos amantes, además de tener la constancia de verse con mucha frecuencia, tuvieran la vocación de escribirse con la misma frecuencia. Se veían y se escribían, acudían al correo, enviaban la carta o el telegrama. Esto es admirable. Porque si tú ves a tu amada o a tu amante con tanta frecuencia, ¿qué necesidad tienes de enviarle cartas? Está a la mano, ¿no? Y, sin embargo, eso hicieron durante años. Como un detalle no menor, habría que consignar que, en el caso de Nin, con alguna frecuencia las cartas iban acompañadas de un cheque para que él pudiera subsistir. Por esos años, Miller necesitó todo el tiempo de benefactores permanentes u ocasionales. Hubo oportunidades en que durmió bajo algún puente, cada vez que no consiguió a alguien que lo alojara.

La relación de Miller y Nin puede ser descrita como una pasión incendiaria. Esta calificación corresponde exactamente a los hechos. Como no es apropiado que se lleven —aquellos que no han leído la correspondencia— una idea un poco idílica, romántica y literaria de la pasión de estos dos sujetos, es necesario compartir algunos testimonios directos. Son textuales, de modo que pueden juzgar por ustedes mismos.

En primer lugar, es Miller quien escribe, el 30 de julio de 1932:

Dios mío, quiero verte en Louveciennes, verte a la luz dorada de la ventana, con tu vestido verde nilo y tu rostro pálido, de una palidez tan helada como la de la noche del concierto. Déjate el cabello suelto, exponlo al sol, que guarda el color. Te amo como eres, amo tu lomo, tu dorada palidez, el declive de tus nalgas, tu ardor interior, tus jugos. Anaïs, te amo tanto que se me traba la lengua. Incluso estoy lo suficientemente loco para creer que puedes venir a mí de improviso. Estoy aquí sentado, escribiéndote, con una tremenda erección. Siento tu suave boca cerrándose sobre mí, tu pierna apretándose contra mí, te veo de nuevo aquí en la cocina quitándote el vestido y sentándote encima de mí, y la silla desplazándose por el suelo de la cocina dando porrazos.

Ahora es el turno de Anaïs:

Soy tuya, vamos a pasar una semana como jamás habíamos soñado, el termómetro va a estallar. Necesito sentir de nuevo el violento latido dentro de mí, la impetuosa y ardiente sangre, el ritmo lento y acariciador, y el repentino y violento impulso. El frenesí de las pausas mientras oigo gotear la lluvia. Todo se me viene a la boca, Henry. Oh!, Henry, no puedo soportar el estar escribiéndote. Te necesito desesperadamente,

necesito abrir las piernas de par en par, estoy derretida y palpitante. Quiero hacer contigo cosas tan disparatadas, que no sé cómo decirlas.

No tendrán dudas, supongo, de que se trata efectivamente de una pasión incendiaria. Pero tiene, para ser justos, otros elementos que la hacen notable. Desde un comienzo, Anaïs se da cuenta de que en Miller late un auténtico escritor. Por eso le manda dinero, se preocupa, le lleva comida, quiere que tenga un escritorio y le presta una máquina de escribir. Está convencida de que, al calor de ese amor, Miller tiene que dedicarse a escribir. Y, en consecuencia, no perder el tiempo en buscar financiamiento para pagar el arriendo y subsistir. Debió decirle —supongo— ‘no te preocupes de eso, yo me ocupo. Tú tienes que escribir, porque el mundo tiene que saber lo que tú eres capaz de escribir’.

Pero esta admiración literaria es algo compartido. Miller leyó alguno de los primeros borradores del diario de Anaïs, de los primeros tomos, y consideró que era una obra en la que tenía que insistir. Ella comenzó a escribirlo muy joven, entre los ocho o nueve años aproximadamente, y nunca dejó de hacerlo hasta poco antes de su muerte. Miller la aprecia no sólo como su amante, sino como una escritora de verdad, y quiere que eso sobreviva en la relación. Se mandan textos, manuscritos, van a ver películas, y se van mutuamente encendiendo en el oficio literario que ambos quieren desarrollar. Oficio que —valga la aclaración— no es convertirse formalmente en un escritor o en un artista, sino que tiene que ver con convertirse en las personas que ellos quieren ser. Sienten que al escribir no sólo están produciendo una obra —lo que es un hecho—, sino que además está pasando algo con ellos; están realizando algo que los puede convertir en las personas con que sueñan. Porque puede ocurrir —y de hecho ocurre—, que se escriba muy bien, pero la persona que escribe sea un sujeto que poco tenga que ver con el éxito o no éxito de lo que escribe; tenemos muchos ejemplos de eso. Lo notable aquí es que se les va la vida en ello, o sea, quieren convertirse en un tipo de personas al que pueden alcanzar sólo escribiendo, pero escribiendo del modo como lo hacen y de los temas que están abordando.

Y a propósito de los temas, podemos abordar a continuación uno de ellos que se podría identificar como ‘irreverencia frente a los códigos establecidos’. Tanto Miller como Anaïs son personas liberales, en el sentido más neutral de la expresión. Visto en la época, ‘liberales’ queda corto; visto hoy día está en lo culturalmente correcto, casi como en el

promedio. Pero en esos años, ellos están más allá de la corriente predominante en materia moral. En consecuencia, están encarando un tipo de lucha que es muy real, que tiene que ver con destruir de algún modo, en lo que a ellos compete, la moral puritana en relación al sexo.

El texto que los hermana, que hace de puente y en torno al cual discuten es *El amante de Lady Chatterley*, la novela de D. H. Lawrence. Anaïs había publicado un libro sobre Lawrence un par de años antes de conocer a Miller y éste quedó pasmado con el texto. En los años que siguieron trató de profundizar, un poco racionalizar y tratar de entender a Lawrence. Anaïs discute con él, considerando que a Lawrence hay que leerlo en su propia pretensión. Es cierto que la sexualidad en la novela de Lawrence está a medias. Es el intento de sacar fuera algo, pero sin ir directo al asunto. Lo que Anaïs tiene en mente es que Lawrence es como un puente, algo en lo que uno puede instalarse para continuar después. No es un punto de cierre, no es un objetivo conquistado, no es un logro cabal. Mas es un comienzo, un gran comienzo.

Volviendo al tema, la irreverencia está por todas partes en la correspondencia de Miller y Anaïs. Ellos juegan en la dimensión verbal de la irreverencia, pero son ellos mismos irreverentes. Ustedes lo van a ver después, cuando les muestre cómo para ellos era claro que vida y literatura son una sola cosa, o sea, lo que hacían y lo que escribían era un solo asunto. No es que una interpretara a la otra.

Consideremos el personaje de June, la segunda esposa de Miller. Él ha venido casi huyendo de ella desde Nueva York, además de la gran depresión y problemas económicos importantes, y va a París en busca de un destino mejor. Ahí conoce a Anaïs y se convierten en amantes. Posteriormente, algo así como un año y medio después, June se aparece por París. Aclaremos que Miller y June tienen una relación inconclusa, muy neurótica, llena de finales y comienzos que nunca resuelven nada, en una dinámica sumamente destructiva.

Cuando June conoce a Anaïs, se enamora de ella también, y lo que se conforma es un triángulo. June sabe que Miller está con Anaïs, y Anaïs sabe que June es la esposa de Miller. Como si ya no tuviéramos suficiente, ellas dos se convierten en amantes. Hay unas páginas del diario donde ella narra cómo conoce a June y lo que ocurre a partir de ese momento.

Si ustedes creen que ya tienen bastante con esto, se equivocan. Anaïs es, por decirlo así, multifacética. Como les recordaba, su marido es un exitoso banquero y un personaje curioso. Si ustedes me lo preguntan —voy a hacer como que me lo preguntan— creo que él siempre supo, pero, como un perfecto caballero, no dijo nada. Hizo un pacto con Anaïs, que probablemente ni siquiera sea un pacto hablado, sino más bien, un acuerdo tácito, un sub-entendido. Y Anaïs fue leal a ese pacto. Nunca quiso dejar a su esposo.

Se pueden enhebrar diversas respuestas a la pregunta del porqué Anaïs nunca dejó a su esposo, mas eso implica entrar en un terreno pantanoso. Para decirlo en estricto tono de historiador: no tenemos documentos para respaldar una u otra explicación. Hagamos el ejercicio de especular, siempre con la convicción de que no vamos a ir a parar a ningún puerto seguro. Se puede tener la impresión de que, por una parte, hay un tema material. Él goza de una buena situación económica y Anaïs creció rodeada de dificultades y carencias; su padre, además, los abandonó siendo ella una niña. Tuvo siempre el problema del padre dando vueltas, y el tópico del incesto fue una cuestión que siempre la rondó y la obligó a ver psicoanalistas —entre ellos, a Otto Rank, de quien fue amante también. Es posible, en consecuencia, que mediaran cuestiones de seguridad y dependencia.

Sería poco concebible que tuviera miedo de tomar una decisión de ruptura y alejamiento. Una mujer apasionada a ese grado —como lo revelan las cartas— pudo haber dado el paso y echar todo por la borda. Pero no lo hizo, ése es el hecho.

Se puede sostener que el esposo sabía quién era su mujer. Y eso pudo resultarle tremendamente atractivo. Recordemos que la psicología humana no cabe en la lógica de Aristóteles. Yo creo que él sabía, y ella sabía que él sabía; y ambos sabían que no había necesidad de conversarlo. Es un trato que podría parecerle a cualquier persona —no sé si apasionada, pero razonable— un buen trato. Sobre todo cuando tenía en mente una misión que le resultaba impostergable: la de financiar a Miller, que era un tiro al aire. O sea, si hay alguien que nunca tuvo mucha capacidad para financiarse nada y vivir a costa de otros, ése fue Miller.

Incluyamos más elementos en este preparado. Por la misma época, Anaïs también tiene como amante al surrealista Antonin Artaud. Estoy

hablando de contemporaneidad, para decirlo siúticamente. Contemporaneidad a la que se puede sumar, según parece, el novelista inglés Lawrence Durrell; y otro psicoanalista de apellido Allendi. No lo sostengo yo. En una de sus cartas a Miller, Nin le asegura: “he roto con Allendi definitivamente”.

Ella es muy audaz en eso, pero no es irreverente en la vida pública, por así decirlo. Tiene una capacidad para mantener un equilibrio y una cantidad de gente dando vueltas con ella en el centro de las historias. Es notable, sorprendente y absolutamente inédito para su época. En consecuencia, nos faltan los adjetivos apropiados para calificar a esta dama, haciéndole justicia.

Encaremos ahora a otro rasgo distintivo de la relación amorosa de Miller y Nin. Esta relación exhibe una persistente indiferencia respecto del contexto socio-político de su propia época. Lo cual parece muy relevante también, porque refuerza la idea de que estamos hablando de dos historias personales que van en cierta dirección y el resto del mundo no cuenta. A ellos no les va ni les viene, les da igual. Ustedes no van a encontrar en la correspondencia de estos dos sujetos alguna referencia a cierto gobierno, evento, enfrentamiento, problema de límite ni tratado. Nada, absolutamente nada. No están ahí. Ellos han construido otra dimensión de la realidad, viven en ella y el resto no existe.

Otro aspecto llamativo es que ninguno de los dos viene del mundo académico ni del mundo profesional de la literatura, no frecuentan los salones ni el conventillo literario. Están convencidos de estar haciendo sus propias vidas, y de que esas vidas tienen un decurso para el cual no tienen que entenderse con nadie más en particular, como no fueran editores y agentes ocasionales. Consideremos algunos trozos que son sumamente reveladores de ambos, pero sobre todo de Miller y la influencia que, sobre este particular, él tiene sobre Anaïs.

En diciembre del 34, Miller escribe a Anaïs:

No es culpa mía si los tiempos están dislocados, nosotros estamos oprimidos por la época, nacimos en un mal momento. Yo soy lo suficientemente humano como para aceptar los tiempos, cualquier tiempo, pero no estoy seducido por él.

La cita que sigue proviene de septiembre de 1938. Recordemos que se está al borde la guerra. Después huyen a como dé lugar. Miller viaja a Grecia, invitado por Durrell:

Si estuviera permitido quedarse en París no me preocuparía, pero en otra parte no, se siente uno como una rata que se esconde. No puedo quedarme pasivo esperando que sucedan cosas y ahora estoy seguro que no quiero tomar parte en ellas. Si se hubiera tratado de un problema exclusivo mío lo hubiera resuelto en media hora, pero no voy a ser víctima de la estupidez y la obstinación de gobiernos en los que no estoy interesado.

Ya en plena guerra, en septiembre de 1942, habiendo regresado de Grecia, Miller le escribe a Anaïs:

Así que ahora, en lugar de pensar en cómo conseguir la mayor cantidad de dinero en el menor plazo de tiempo tengo que pensar exactamente lo contrario, cómo hacer lo mínimo sin sentirme demasiado incómodo. Eso significa, supongo, una de estas dos cosas: o bien estoy viviendo en un mundo de ensueño completamente al margen de la vida, o he descubierto la verdadera sabiduría. Parece insensato ocuparse de tales pensamientos cuando el resto del mundo se esfuerza desesperadamente por su mera subsistencia, pero lo que ellos están combatiendo no me interesa en lo más mínimo.

Recurro ahora al libro *Primavera negra*, que fue escrito en 1934-1935, y publicado un poco después. Está dedicado, como ya se dijo, a Anaïs. En la página 39, encontramos algunas líneas magistrales. Me parecen conmovedoras, de un lenguaje que a uno le llega directamente a las vísceras:

Hoy, sentado aquí al sol, puedo decirte que me importa un rábano que el mundo se vaya al carajo o no, no importa que el mundo sea justo o injusto, bueno o malo, es y eso basta. No lo digo como uno de esos budas sentados de piernas cruzadas, sino con una alegre y dura sabiduría, con una seguridad interna. Lo de fuera y lo de dentro, todo ello, todo, es el resultado de fuerzas inexplicables, un caos cuyo orden está más allá de la comprensión; más allá de la humana comprensión.

Éste es el Miller místico.

En el caso de *Días tranquilos en Clichy*, publicado en 1956, en la página 41, encontramos un párrafo en que alude a Perlés, su amigo, con el que compartió departamento, y que bien pudiera caracterizarse como 'la filosofía de la vida de Miller':

Cuando pienso en esta época, en la que vivíamos juntos en Clichy, me parece como una temporada en el paraíso, sólo había un verdadero problema, y era el de la comida, todos los otros problemas eran imaginarios. Solía decírsele así de vez en cuando a Alfred, cuando se quejaba de ser un esclavo. Solía decir que yo era un optimista

incurable, pero no era optimismo, era el profundo conocimiento de que aunque el mundo estaba ocupado en cavar su propia tumba todavía quedaba tiempo para gozar de la vida, estar alegre, despreocupado, y trabajar o no trabajar.

Estas citas permiten argumentar que la pareja está en otra dimensión, lo cual no quiere decir que se trate de cuestiones místicas o esotéricas. Han construido un espacio en el que se mueven y que no tiene que ver con su realidad inmediata, como no sea con la comida. No están preocupados de la realidad de todos. A Miller no le preocupa el mundo, ni lo que ocurre en él; y siente que, no obstante todas esas vicisitudes, hay una tarea que debe realizar, y que tiene que ver con él mismo, por lo que no va a torcerse porque el mundo se venga abajo.

Esto puede asociarse a otro tema que importa tener en cuenta. Toda la obra de Miller es autobiográfica. Y la de Anais, salvo *Monte de Venus* y otro par de novelas más, también lo es. De hecho su obra principal, el diario, no es ficcional. En conclusión, hay que usar tenazas especiales para tratar con una obra de esta categoría.

Siendo autobiográfica, se podría decir, en consecuencia, que es posible representarse, sobre todo a Miller, como un proyectil directo a su objetivo. ¿Cuál objetivo? No resulta fácil precisarlo de inmediato. Pero Miller estaba convencido de ir en cierta dirección. Y aunque con algún grado de incomodidad, hay que admitir que, aunque en el trayecto a Miller le pasan cosas —una de ellas es Nin—, no se modifica la trayectoria de este proyectil.

Se puede, entonces, percibir a Miller como un proyectil. Algo parte, describe una trayectoria y pasa a otra órbita, y no hay manera de alterar el curso de las cosas. Miller, además, era evidentemente fiel a la sensación propia de ir en cierta dirección. Cuando se revisa, por ejemplo, la correspondencia con Durrell, eso salta a la vista. Tiene un propósito, a veces no es muy claro, no obstante después lo aclara más, como diciendo 'yo necesito que escuchen lo que tengo que decirles, creo que tengo algo que decir'. Y se refiere al mundo, a nada menos que eso. Ése es el escenario que él se representa: 'Quiero que me escuchen, tengo algo que decirles, algo potente que decirles'. Y, podemos decirlo hoy, efectivamente tenía algo que decir y todos hemos terminado por escucharlo.

Parte del combate en el que están enfrascados —del que no he hablado todavía, porque es la parte medular de la exposición—, tiene que ver con las reacciones de otras personas en torno suyo, a propósito de lo que escriben. Miller recibió unos comentarios descalificadores por el *Trópico de cáncer*, y se puede entender fácilmente que los recibiera; *Trópico de cáncer* no es precisamente un manual de iniciación a la condición angélica. Mucho más sorprendente es la reacción de la gente que rodea a Anaïs, considerando que ella es una persona capaz de sostener varias relaciones simultáneas. Se supone que sus cercanos la conocían, no tenían por qué hacerse representaciones equívocas respecto de quien tenían al frente. Es curioso.

En febrero de 1932, Anaïs le escribe a Miller:

(...) desgraciadamente no podremos vernos el domingo, hay una revolución intestina en casa, mi madre no quiere vivir más en la casa de una persona capaz de escribir un libro tan sucio como mi estudio sobre Lawrence.

En marzo de ese mismo año, lo pone al tanto de las reacciones:

Han empezado las persecuciones. Mis amigos —un pintor español, un guitarrista, el tenor que había estado viviendo con Joaquín, un poeta, un homosexual, un pintor rumano, un compositor americano, etc. etc.—, están muy afligidos, ofendidos, de que yo defendiera a Lawrence; una mujer tan ideal... qué lástima. Me miran con tristeza.

Es perfectamente posible coincidir en que —puntos más, puntos menos— las reacciones son perfectamente entendibles en el contexto de la época, aunque no fuera más que por la necesidad de guardar las apariencias.

Sigamos nuestro camino. Otro rasgo de la relación de Miller y Nin radica en su propósito de ser escritores o artistas, pero, en ningún caso, intelectuales, lo cual se traduce en decir: sí a los sentimientos, sí a las emociones, sí a los impulsos; no a la lógica, no a las ideas, no a la racionalidad. Se puede afirmar que la más militante de esta postura es Anaïs. Miller se va acomodando, mientras que ella es expresamente irracionalista, no en el sentido de irracional, sino irracionalista, como las filosofías románticas de mediados del siglo XIX, comienzos del XX, filosofías que ponen el acento en los sentimientos, las emociones, la intuición, desde el punto de vista del conocimiento, en un acto simple, único e inmediato en el que algo es aprendido, etc.

En una carta del 13 de febrero de 1932, Anaïs aclara sus términos:

Entiende, Henry, por favor. Estoy en rebelión contra mi propia mente y cuando vivo lo hago por impulso, por emoción, por pasión, June lo entendió.

Intercambian comentarios acerca de Dostoievski, y a propósito de afirmaciones que Miller hace, ella precisa:

En Dostoievski no hay bastante sexualidad realmente. Insinuada sí, sugerida, proyectada en las pasiones, confirmada por la muerte, a la sombra, en la oscuridad... Mientras que eso es lo que Lawrence trató de poner de manifiesto en la oscuridad... Pero para ti y para mí, el momento supremo, el placer más intenso no ocurre cuando nuestras mentes dominan sino cuando perdemos la razón; y tanto tú como yo la perdemos de la misma manera, por amor.

Y remata con la siguiente frase: “Tú y yo hemos perdido la razón por June”.

Hay momentos de esta correspondencia en que aparece una Anaïs perspicaz, muy perceptiva y capaz de calzar al sujeto que Miller está siendo. No puede descartarse que ella lo vea a él mejor de lo que él se ve a sí mismo. Por cierto, que Miller no se viera a sí mismo del todo, no tiene nada de extraordinario. Entre otras cosas, porque eso puede decirse de cualquiera, en cualquier tiempo, y en cualquier circunstancia. Lo cual nos incluye a todos. Consideremos, entonces, estas líneas de Anaïs para Miller y sobre Miller mismo, escritas el 27 de julio de 1933:

Me impresionaron estas frases tuyas sobre Lawrence: “el hombre que está embriagado de vida no juzga, no trata de llegar a ninguna conclusión, no impone su mensaje al mundo. El arte se mueve y se moverá siempre entre estos dos polos, los que quieren cambiar la vida y los que quieren disfrutarla, ensalzarla o sencillamente aceptarla”. Henry, esto coincide con algo que se me ocurrió el otro día cuando trataba de analizar tu amargura, creo que eres desdichado cuando entras en el mundo de las ideas, las opiniones, los juicios, creo que estás destinado a describir la vida, a ofrecer únicamente tu embriagado mal humor y tu disfrute. Todo tu descontento y tus ataques contra imaginarios molinos de viento, son una protesta en contra de las opiniones, los juicios, los mensajes, las profecías, las conclusiones; estás en guerra contigo mismo, Henry, con el intelectual que hay en ti.

Prosigamos constatando ese tenor irracionalista en el que están embarcados nuestros protagonistas en sus intercambios epistolares. En 1932, Miller combina una descripción del estilo de escritora de Nin con una consejería, muy en su estilo por supuesto:

Tienes una capacidad por puro sentimiento que cautivará a tus lectores, sólo que debes tener cuidado con tu razón, tu inteligencia. No trates de dar soluciones, no sermonees, no saques conclusiones morales... de todos modos, no existe ninguna.

En una carta de agosto de 1932, que Miller escribe para Anais casi inmediatamente después de haber estado con ella, formula las declaraciones irracionalistas que se entrelazan con la fusión de vida y literatura de la que están convencidos. Estas líneas autorizan a sostener que la relación entre ambos no se limita, por una parte, a una aventura estrictamente personal, y, por otra, que en absoluto pretende tener un perfil centralmente intelectual:

Aquí estoy de vuelta, ardiendo todavía de pasión como vino humeante. Ya digo que es un sueño delirante, pero es el sueño que yo deseo hacer realidad. Vida y literatura combinadas, me encanta el dinamismo, tú con tu imaginación camaleónica ofreciéndome miles de amores, anclada siempre en no importa qué arrebato, el hogar en donde quiera que estemos.

Como cierre de esta parte de la exposición, pongamos atención en unas pocas líneas de Miller, que redundan en el tema de vida y literatura, pero que también manifiestan una suerte de auto-retrato, una verdadera declaración de identidad. Pertenecen a *Primavera Negra*, y están en la página 37:

Para mí el libro es el hombre, y mi libro es el hombre que yo soy, el hombre confuso, el hombre negligente, el hombre descuidado, el cachondo, el obsceno, el bullanguero, el considerado, el escrupuloso, el mentiroso, el hombre diabólicamente veraz que yo soy.

Entremos ahora a lo medular, a la sustancia misma del asunto. Porque, hasta aquí, Miller y Nin podrían pasar a la historia de la irreverencia en tanto tal y no mucho más que eso, con algunos destellos de inteligencia o penetración psicológica o algo por el estilo; pero no mucho más que eso, si uno optara por ser muy crítico.

En ese punto ellos quisieron ser solamente eso, y se convierte en algo que hizo época, que marcó una época. A este respecto, no es necesario discutir que lo que hoy se vive en diferentes latitudes en materia de sexo, de relaciones personales y de intimidad, los tiene a ellos como precursores. Hay varios personajes más, habría que sumar a otro contingente más de gente que aportó en esto, pero probablemente nadie habló del tema como ellos. Hay que precisar el sentido en que lo hicieron, tratar de darle un contorno conceptual en este caso.

Se trata del tema que puede identificarse como la reacción vital contra el tabú del sexo. Decir reacción vital no se refiere a una disposición doctrinaria o teórica, como cuando se desarrolla un conjunto argumental

contrario a las severas limitaciones que las religiones imponen a la expresión del deseo sexual. Por ejemplo, Freud es un caso. Con Miller y la Nin se trata de una reacción existencial y literaria: está en los textos, pero está en ellos mismos; son lo que están diciendo, lo que están planteando. Sus vidas son el retrato de eso que quieren llevar adelante.

Estas ideas son identificables con algunos otros subtítulos. Por ejemplo, 'ruptura del doble estándar', 'quiebre de la brecha entre apariencia y realidad'. También querría hablar de 'reivindicación existencial y literaria del sexo'. O, 'de lo privado, oculto, secreto, subterráneo y denostado, a lo público, revelado y exaltado'.

La obra de estos dos personajes y también sus cartas, representan un poderoso esfuerzo por hacer explícito lo que en categorías morales de su tiempo y anteriores, es implícito. Se trata de un enfrentamiento a las éticas del doble estándar. Una cosa es la apariencia, lo que decimos que hacemos, lo que creemos, lo que pensamos; otra es lo que hacemos. Desarrollamos una curiosa membrecía, una doble militancia en estos dos bandos tan distintos, el de las cosas que decimos y el de las cosas que hacemos. Supongo que no podrán evitar hacer una referencia a nuestro país y su estilo tan peculiar de enfrentar este tipo de cuestiones. Si en muchos países del mundo hoy día Miller ya no es una amenaza —lo cual puede decirse en el mejor de los sentidos—, es porque en muchas zonas del mundo la actitud de Miller y de Nin ya es cosa asumida; sin embargo, para un país como el nuestro, Miller y Nin son una amenaza inquietante.

El propósito explícito de Miller, como el de Anaïs, es volver pública la intimidad. No en el sentido de hacer el amor en la plaza pública, sino que lo personal, lo íntimo, se transcribe, se pone en los textos tal cual, sin adornos, interpretaciones, hermenéutica o dialéctica. Ésta es la rebelión que Miller y Nin experimentan. El sexo está escondido, está prohibido, está vetado, y lo mejor que puede ocurrirnos es sacarlo de ese veto y exponerlo al aire libre; están convencidos de que eso es lo mejor que puede ocurrir. En consecuencia, es una rebelión anti-puritana, claramente, y es una rebelión, sobre todo, contra una ética que se caracteriza por el afán de ocultamiento.

Algún grado de estilo libertino está presente en la época, pero en cenáculos muy pequeños —entre intelectuales y artistas—, algo muy circunscrito. Uno sabe, por ejemplo, que Jean Paul Sartre y Simone de

Beauvoir tenían una relación abierta, pero eso no era en lo absoluto un retrato de la sociedad, ni siquiera de la sociedad francesa de la época, ni de ninguna otra. Estamos hablando de los años 30. Unos años antes, Freud había publicado *El malestar en la cultura*, y antes había publicado libros que insistían en el intento de comprender esta vocación de la cultura occidental y de las religiones en general por hacer del sexo el centro de lo prohibido; o sea, construir un tabú en torno de la sensualidad.

De manera que estaban en un mundo que tenía esas características. No se puede asegurar que Miller hubiese leído un texto y dijera 'bien, vamos a argumentar en esta dirección contra tales y tales ídolos'. Más bien, es su vida personal, su historia, su experiencia, su conocimiento de la gente le invitaba a pensar que por ahí había que ir. Sin embargo, no es doctrinario, o sea él no está elaborando una teoría de la sexualidad o una ética sin código, o un libro de ética. Russell hubiese escrito un libro como ése, como de hecho lo escribió. Kořakowski hubiese escrito un libro como ése —como de hecho lo escribió—, pero Miller no está en eso. Miller está en otra cosa y se resume en poner al aire libre y exponer a la luz del día esto que todos tratamos de mantener oculto. Tal como es, o sea, sin ponerle un ropaje para que nadie se escandalice cuando lo exhibimos afuera.

Ni Miller ni Anaïs son entendibles sin tener en cuenta que el mundo en el que viven está cruzado por esa dicotomía; o sea, ellos la advierten y la sufren en sus vidas, la ven alrededor, ven a la gente instalada en ese mundo, diciendo cosas, en un discurso que no guarda ninguna relación con la realidad. Miller no tiene un pelo de tonto, sabe que la gente se encarga, de alguna manera, de caminar por los atajos. A menos que todos seamos anacoretas, nadie niega su propio sexo. Pero busca las fórmulas para que nadie pueda decir: 'ésta o aquél, lo hacen así o asá, o pretenden a, b, c', pues lo convertimos en el templo de la intimidad. En ese sentido es 'tabú'. No es para que lo conversemos ni para que lo discutamos, cada uno lo resuelve a su modo, y eso varía según las adhesiones religiosas o políticas o esotéricas. Da más o menos lo mismo si soy creyente, ateo o escéptico, o lo que fuere. Hay que reiterarlo: no es algo doctrinario. Lo de Russell es doctrinario, en el mejor sentido de la expresión. Russell escribe por la misma época. Fíjense que ni siquiera Miller tiene alguna frase por algún lado, tan explícita, que diga 'y estoy contra el cristianismo y el

catolicismo conservador'. Sus enemigos al frente son todos los puritanos y las puritanas del mundo. En ese sentido Durrell es lejos más boca sucia que Miller. Por ejemplo, Durrell tiene en la correspondencia con Miller unas frases dedicadas al obispo del Londres, que deben estar en la mejor historia de la sátira y de la ironía en el mundo; se trata de unos párrafos preciosos, en el mejor estilo rabelesiano.

Quiero reiterar que no se trata de una postura sociopolítica, sino de un esfuerzo por transparentar nuestra vocación sexual. Sería inmensamente injusto quitarles a Miller y a Anaïs lo que tienen de poderosos. Porque si uno lo dejara aquí, con lo que uno se quedaría es con una pareja exótica, estrambótica, irreverente y aislada, y ahí muere todo el asunto. Pero ellos son mucho más que eso. De hecho, se puede afirmar, sin faltar a la verdad, que sentaron las bases junto con otros —no fueron los únicos— de una revolución sexual de la que no podemos sino estar contentos que esté ocurriendo, por no decir que ya ocurrió en muchos lugares. Ustedes pueden leer a sociólogos recientes como Manuel Castells, Alain Touraine o Giddens, y comprobar que sostienen que las transformaciones ocurridas en el plano de la intimidad son la revolución más importante que ha ocurrido en los últimos siglos. Bueno, ¿y cómo es que eso ocurrió? Hay que ir, entre otros, a Miller y Nin. Y mucho más, por cierto; hay más dando vuelta.

Hay ciertos pasajes en los que ellos aparecen muy lúcidos sobre lo que quieren hacer. He aquí, lo que podría considerarse una especie de programa de acción anti-tabú, que extraigo de las páginas 64 y 65 de *Primavera Negra*. Dice Miller:

Basta de espiar por el ojo de la cerradura, basta de masturbarse en la oscuridad, basta de confesiones públicas, que salten las puertas de sus quicios. Quiero un mundo en que la vagina esté representada por un rudo y honesto tajo, un mundo que sienta algo por los huesos y los contornos, los crudos colores primarios, un mundo que sienta miedo y respeto por sus orígenes animales. Estoy harto de ver coños coquetos disfrazados, deformados, idealizados, coños con las puntas de los nervios al aire. No quiero ver a las muchachas vírgenes masturbándose en el secreto de sus habitaciones o comiéndose las uñas o arrancándose el pelo, o echadas durante todo un capítulo en una cama llena de migas de pan. Quiero los falos funerarios de Madagascar, con un animal encima de otro y en la cúspide Adán y Eva, y Eva, con un rudo y honesto tajo entre las piernas. Quiero hermafroditas que sean verdaderos hermafroditas y no falsarios que caminan con penes atrofiados y coños secos, quiero una pureza clásica, donde la porquería es porquería, y los ángeles son ángeles.

Éste es un manifiesto, una declaración de lo que pretenden, lo que buscan, y se traen entre manos. Se trata de hacer público lo que hacemos en privado, airear aquello a lo que tanta energía le dedicamos para mantenerlo en la sombra. No ocultemos más; lo mejor que nos puede ocurrir es abrir estas compuertas. Nada terrorífico puede pasarnos de eso: lo terrorífico es lo oculto, lo terrorífico es el tabú.

De pronto, comienza a producirse un lento pero consistente distanciamiento entre Miller y Nin. Es posible fijar un momento causal significativo en el 39, cuando Miller viaja a Grecia. Recordarán unos pasajes donde ellos hacen unas declaraciones de amor y de pasión sexual evidentes, ¿verdad? O sea, son explícitas, no hace falta preguntar qué pretenden. Esas cartas tienen cierres incendiarios. Escuchen ahora este cierre de una carta que está firmada en EEUU, en febrero de 1940: "*Anais, mi querida, preciosa, muñeca... Espero que te encuentres muy bien, abrazos*".

Algo está ocurriendo, ¿no les parece? Tal vez la explicación —o parte de ella— está en *El coloso de Marusi*, el libro en el que Miller cuenta su viaje a Grecia que, como diría el filósofo Karl Jaspers, resultó ser una 'experiencia límite' para él (*). Viaja allá invitado por Durrell y terminan en la isla de Corfú, que es un lugar idílico. Pasan un mes juntos, con la mujer de Durrell.

Miller en Grecia alcanza un intenso estado de serenidad: hay playa, aceitunas, y buen vino. Además, está Katsimbalis —un personaje, al parecer, sumamente real—, que conoce en la isla y que era una especie de pagano en estado puro; y eso terminó por centrarlo. Adoptó de ahí en adelante la actitud de decir: 'esto es, esto es lo que hay que alcanzar'. Estamos hablando de alguien que vive en el escenario de la guerra. De hecho, unos meses después los alemanes entran cerca de Corfú y todos salen volando, incluyendo a Miller, a Durrell y a cuantos estaban en la zona.

Una conclusión es que cuando él alcanza este estado de serenidad ya no está para Anais, dejó de estar para la pasión incendiaria que los había consumido varios años; llegó hasta ahí esa parte de la relación.

(*)MILLER, HENRY *El coloso de Marusi*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

Porque ustedes van a ver que la amistad se prolonga en el tiempo y de una manera que es muy conmovedora.

De pronto todo lo que ha ocurrido antes se reinstala en su corazón, pero de una manera distinta. Miller no expulsa nada de lo que le ha ocurrido, sino que lo instala dentro de sí de un modo diferente. El 12 de enero de 1940, en plena guerra, escribe a Anaïs:

Dos semanas en el mar y parece como si un telón hubiese caído sobre un pasado reciente... Grecia se ha replegado a su pozo de experiencia, algo me sucedió allí, pero ahora no me es posible expresar qué fue. No estoy en alta mar, me encuentro ya en América, América empieza en el Pireo, nada más pisar el barco. Grecia se desvanece rápidamente, desaparece ante mis ojos. Lo último en desaparecer es la luz, la luz sobre las colinas, esa luz que nunca vi antes, que no podía imaginar de no haberla visto con mis propios ojos. La increíble luz del Ática, si no conservara más que su recuerdo sería suficiente, esa luz representa, para mí, la culminación de mis propios deseos y experiencias. Vi en ella el reflejo de mi propia vida, consumida por la llama del mundo. Todo parecía reducirse a cenizas, y esta misma ceniza se destilaba y se dispersaba en el aire. No veo qué más pueda ofrecer otro país, otro paisaje, que esta experiencia. No sólo hace que uno se sienta integrado, en armonía, en acuerdo con la vida, sino que uno es reducido al silencio; ésa es tal vez la más elevada experiencia que he conocido. Es una muerte, sin duda, pero una muerte que avergüenza a la vida. Y ahora, en el barco, en pleno escenario americano, me siento como si viviera con gente que todavía no ha nacido, con monstruos escapados antes de tiempo de su matriz. Ya no estoy en comunicación con nada. Me parece recordar vagamente que hace tan solo muy poco tiempo yo estaba vivo, a pleno sol, ahora la luz que me envuelve es distinta, es como el alumbrado de un frío reflector mecánico. La casa está oscura, sólo la escena está iluminada, se levanta el telón... Henry.

Aquí puede hallarse la muerte de esa fase en la historia de la relación. Como puede anticiparse, la respuesta de Nin en junio de 1941 es comprensiblemente fuerte, dura, potente, tal vez el tipo de carta que, precisamente, Miller no estaba en condiciones de contestar. Dice ella:

Puedes hacer lo que te plazca, pero tus cartas ahora se parecen a las que me enviabas desde Grecia, las cuales casi nos separaron definitivamente. Son frías, egoístas y únicamente preocupadas por tu placer. Todo iría bien si escribieras el tipo adecuado de cartas. Pero escribes las peores cartas, lo bastante malas como para alejar a cualquiera. Jamás he visto cartas más inexpresivas, más descaradas en cuanto a si yo voy o no voy, etc., ni más egocéntricas. Eso es lo que nos distancia, no el tiempo o un viaje. El auténtico alejamiento y separación entre nosotros, lo crearon siempre tus cartas.

Sin embargo, el lazo que los unió se mantuvo en el tiempo. La demostración de que continuaron ligados luego de la fase ardiente de su relación, puede ser testimoniada por dos evidencias diferentes. La primera de ellas es que, años después, ambos aún se hicieron el espacio para reflexionar sobre las vicisitudes que los alejaron.

En enero de 1944, escribiéndole a un amigo cercano, Miller revelaba tener perfecta conciencia de la decadencia de los sentimientos compartidos y esboza una especie de explicación que, con todo, contiene una admirable generosidad:

Ella había perdido la fe en mí. Y precisamente en el momento —aunque ella lo ignorara—, en que me enfrentaba a la batalla más heroica de mi vida, el momento en el que si ella hubiese podido ver a través de las apariencias debería haberse enorgullecido de mí. Ella era para mí, y sigue siéndolo, la persona más importante que he conocido, alguien al que verdaderamente podría llamar un alma fiel... se lo debo todo.

Es preciso que aclarar que esta carta aparece referida en la introducción a la edición completa de la correspondencia en 1987, que está redactada por Gunther Stuhlmann.

Y ella, en la última carta que le escribe, en octubre de 1953, le dice:

Por fin te veo claramente, sin distorsiones, y eso me hace escribirte por primera vez sin la afectación debida al temple de la visión personal. Probablemente si entonces hubiese tenido el sentido del humor que hoy tengo, y tú las cualidades que hoy tienes, posiblemente nada se habría deshecho.

La segunda evidencia a la que acudo para sostener que el lazo que los mantuvo ligados nunca se rompió, es el video que les presento a continuación. En él, Miller y Anaïs conversan animadamente. Esto ocurre unos pocos años antes de que ella muriera, lo que sucedió tres años antes de que él abandonara este mundo. No hace falta ser un observador demasiado experto para advertir el hilo invisible que los seguía manteniendo atados.

A pesar de las contingencias que el tiempo y la distancia acostumbra a provocar en los lazos que los seres humanos tratamos de volver indelebles, algo que me conmueve profundamente es que estas dos personas mantuvieran el contacto y su relación hasta el final. Y en vez de ofrecerles una reflexión sesuda a propósito de la conexión vital que unió a

Miller y Nin, creo que la frase que reproduzco a continuación lo expresa a la perfección. Se trata de un proverbio congoleño:

‘Las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran’